varado, al cuarto de el alba; pero hallaron tan buena resistencia que volvieron muy descalabrados; y no desistiendo de su rabia juntaron gran cantidad de canoas y por la parte adonde estaba Cortés acometieron a los bergantines con gran furia. Halláronlos apartados los unos de los otros y diéronles tanta priesa que se pensaron perder aquel día. Zabordó la fusta capitana a un madero grueso; su capitán Juan Rodríguez de Villa Fuerte se pasó a otra por salvarse; pero Martín López, que gobernaba toda la flota como piloto mayor y por esto iba en la capitana, la defendió con los demás compañeros y sacó afuera; echó dos castellanos al agua, porque querían desamparar la capitana; hirió a ocho, porque vilmente se ponían debajo de el tendal; mató a un indio, que era teniente general de Quauhtemoc, quitóle un plumaje y una rodela de oro; mató otros capitanes y señores. Era hombre animoso, membrudo y de grandes fuerzas. La muerte de el teniente de Quauhtemoc fue causa que más presto se ganase la ciudad. Honró Cortés a Martín López con públicos favores en el ejército; hízole capitán de la capitana, que él había salvado. Mandó que desde entonces anduviesen los bergantines de cuatro en cuatro. Apretaron este día los enemigos al bergantín de Pedro Barba y ocupándose en pelear con un montante, como buen caballero, le mataron con una gran pedrada que tiraron de una azutea.

CAPÍTULO XCVI. *Que Fernando Cortés envió por bastimento a Tlaxcalla; y el valor que en este cerco mostraron las mujeres*

CORDÓ CORTÉS, por la necesidad que había de vitualla, de enviar a Tlaxcalla a Alonso de Ojeda y Juan Márquez por provisión de ella. Salieron con solos veinte indios de el cuartel de Alvarado a media noche, rodeando gran parte de la laguna porque no podían ir por otra parte; y entre Tepeaquilla y el cuartel de Sandoval oyeron gran ruido de gente, reconocieron que bajaban de la sierra más de cuatro mil hombres cargados de vitualla y armas y que más de tres mil canoas los recibían. Estuvieron escondidos, aguardando la muerte por momentos, porque los que llevaban las cargas y los que las recibían eran más de diez mil hombres, que como andaban embebidos en el socorro no los echaron de ver. Fuéronse al cuartel de Sandoval; halláronle que andaban a caballo, con Diego de Rojas; diéronle cuenta de lo que habían visto; espantóse cómo se habían salvado; mandó guardar aquella parte por donde entró el socorro con gente de a caballo. Ojeda y Márquez siguieron su camino, fueron aquella noche a Culman y el segundo día a Hueyotlipan, el tercero entraron en Tlaxcalla; hallaron buen acogimiento; recogieron quince mil cargas de maíz y mil cargas de gallinas y trescientas de tasajos de venados; llevaron los bienes de Xicotencatl, que estaban aplicados al rey, en que había cantidad de oro, plumajes, chalchihuites y mucha ropa rica, treinta mujeres,

entre hijas, sobrinas y criadas. Llegaron a Tetzcuco, bien acompañados de gente de guerra, entregaron parte de los bastimentos, por orden de Cortés, a Pedro Sánchez Farfán y a María de Estrada y lo demás llevaron a Coyohuacan.

Continuaban las escaramuzas, desafíos y combates con mucho derramamiento de sangre y como los castellanos heridos tenían poco regalo y de los indios amigos no había día que no saliesen ciento heridos, proveyó Dios, en que una mujer castellana, dicha Isabel Rodríguez, les ataba las heridas y se las santiguaba diciendo: en el nombre de el Padre de el Hijo y de el Espíritu Santo, un solo Dios verdadero; él te cure y sane, lo cual no lo hacía más de dos veces y muchas no más de una y acontecía que los que tenían pasados los muslos iban otro día a pelear; grande argumento de que Dios estaba con los castellanos, pues daba salud a tantos por mano de aquella mujer. Aconteció también llevar algunos castellanos abiertos los cascos y ponerles un poco de aceite y sanar en breve, porque no había otras medicinas y con agua sola sanaron algunos; que todo da a entender lo mucho que Dios favorecía este negocio. Los mexicanos sabían muy bien retirarse y volver con dobladas fuerzas y hacer a sus tiempos sus emboscadas; y como también los castellanos las hacían y era la seña salir al tiro de una escopeta, vinieron los indios a entenderla y así iban saltando, descubriendo lo que había entre las casas y paredones; y retirándose un día la compañía de Andrés de Tapia, deteniéndose los ballesteros y apretando la necesidad de proveerse a un rodelero dicho, Antonio Peinado, salió a la puerta cuando la compañía se había retirado buen trecho y viéndose perdido dio grandes golpes en la rodela con la espada, volviendo la cabeza hacia la casa, haciendo señas que saliesen los de dentro; y pensando los mexicanos que era emboscada se echaron al agua. Volvió a la grita, Andrés de Tapia mató más de sesenta mexicanos y salvó a Antonio Peinado. Peleaba un día a hora de misa, cerca de el palacio de Quauhtemoc y el tesorero Alderete se apeó de el caballo, diolo a Ojeda; mandó a un paje que le armase la ballesta; tiró a unos indios principales que estaban en una azutea; empleó todas las xaras y mató muchos. Ojeda no se pudo tener en el caballo, porque desatinado de una pedrada que le dieron en la cabeza, daba muchas vueltas y corcovos; subió en él el tesorero y como si tuviera entendimiento, furioso, mordía y acoceaba los enemigos, peleando más que su amo. En esta misma ocasión fue herido de una vara un valiente soldado llamado Magallanes en la garganta y por la mucha sangre que se le iba, se fue al cuartel, echóse en los brazos de aquella piadosa mujer, Isabel Rodríguez y diciendo: a Dios me encomiendo, murió. Vengó, su muerte Diego Castellanos, muy certero en tirar piedra, ballesta y escopeta, porque asestó a un indio, que le pareció que había dado a Magallanes y cayó muerto de el azutea a bajo.

Debía de ser este indio muerto hombre principal, porque se encendieron tanto con su muerte los mexicanos que dieron gran carga a los cristianos que decían unos a otros: tener señores, tener, que no nos monta nada el retirarnos y damos ánimo a los enemigos; si hemos de morir, mu-

ramos peleando y no huyendo; y de esta manera hicieron rostro y se retiraron cuando fue tiempo, siendo bravamente cargados, que era el tiempo, cuando más peligro tenían. Beatriz de Palacios, mulata, ayudó mucho, cuando fue echado Cortés de Mexico y en este cerco; era casada con un soldado, dicho Pedro de Escobar; y sirvió tanto a su marido y a los de su camarada, que hallándose cansado de pelear de día, tocándole la guarda y centinela, la hacía por él, con mucho cuidado y en dejando las armas, salía al campo a recoger bledos y los tenía cocidos y aderezados para su marido y los compañeros. Curaba los heridos, ensillaba los caballos y hacía otras cosas, como cualquiera soldado; y ésta y otras fueron las que curaron a Cortés y sus compañeros, cuando llegaron heridos a Tlaxcalla y les hicieron de vestir de lienzo de la tierra y las que queriendo Cortés que se quedasen a descansar a Tlaxcalla, le dijeron que no era bien que mujeres castellanas dejasen a sus maridos yendo a la guerra y que adonde ellos muriesen morirían ellas. Éstas fueron Beatriz de Palacios, María de Estrada, Juana Martín, Isabel Rodríguez y la mujer de Alonso Valiente y otras. Volvióse otro día a pelear; ganáronse las casas de Quauhtemoc; derribóse parte de ellas, llegóse al patio de el templo mayor y los indios hicieron tablados en el agua, con reparos, aunque no les sirvieron para más de entretenerse algunos días. Estando peleando este día, subió a una azutea un indio de buena disposición y membrudo, vestido de verde, con un penacho verde en las espaldas que le subía una vara sobre la cabeza, con más de seiscientas plumas, con mucha argentería; llevaba una espada castellana y rodela, jugábala a gran priesa y dijo de manera que lo entendieron las lenguas: ¡ah! perros cristianos, hay alguno que ose venir conmigo en desafío, venga que aquí le espero y con esta espada vuestra os he de matar, uno a uno. Muchos quisieran ir; pero adelantóse Hernando de Osma, recibió un golpe tan fuerte que le hendió la rodela; pero Osma le tiró por debajo una estocada que le atravesó el cuerpo y luego cayó muerto; tomóle la espada y el penacho (y cargaron sobre él, infinitos indios; y si Cortés a mucha priesa no le mandara socorrer, aunque se defendía bien se le llevaran; y con todo eso se trajo la espada y el penacho). Ofreciósele a Cortés, tomóle y volviósele, diciendo que nadie era digno de trofeo tan bien ganado como él; honróle mucho entonces y siempre.